



X Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2008.

CATEGORÍA JUVENIL:

Relato premiado: *“La carta”*

Autor / a: Maria Marco Mayayo. Utebo (Zaragoza)

La carta

-¿Cuanto tiempo hace?- Pensaba mientras seguía concentrada en la carretera – Por lo menos siete años.

-¿Tantos? Claro, terminé la carrera hace tres y estuve cuatro en Madrid...

Su vieja moto resplandecía como nueva con el sol de la mañana, era agosto y no quería exponerse al sol abrasador más de lo necesario. Cuatro horas desde Barcelona a Zaragoza y una más hasta Grisel, por eso había salido a las seis y media de casa. Además era domingo por la mañana y no había encontrado mucha circulación, -menos mal- había pensado en cuanto vio el desvío hacia la autopista casi despejado- odio los atascos de las grandes ciudades.

-Pero entonces... Tiene 23 años, sí, yo tengo 25. Joder. ¿Y qué va a hacer con la niña ahora? No sé... igual en estos momentos no soy la persona idónea para decir nada. Pero él ni siquiera ha terminado la carrera y ella..., aún no me ha dicho nada, lo último que sé es que ha dejado de estudiar y que lleva los últimos cinco meses en casa. Realmente está loca.

El aire fresco le entraba por debajo del casco y la parte del cuello donde había bajado la cremallera del mono. Siempre había pensado mejor cuando sentía

ese airecillo, y además hacía varios meses que no se detenía a pensar con tranquilidad. Además tenía la capacidad de su padre, y que su madre nunca había entendido, de concentrarse en sus cosas y conducir con todos los sentidos puestos en la carretera.

-Mamá no puede enterarse de que he cogido la moto nada más bajarme del avión. Volveremos a montar el numerito. “Pero estás loca hija mía, no sabes que es peligroso conducir sin haber descansado lo suficiente, y encima como conduces tú, sin mirar a la carretera”. Y mientras ella suelta el discursito papá me dedicará esa mirada cómplice que él guarda solo para mí y para estas ocasiones.

Sonreía recordando la escena que había sucedido millones de veces, y que estaba segura de que volvería a repetirse cada vez que fuera a verlos. La verdad es que el viaje en avión no había sido tan largo como otras veces, pero se sentía infinitamente más cansada que otras veces, aunque ella ya sabía que encima de su “Poderosa” se le pasaban todos los males.

-Me he acostumbrado tanto a los viajes que ya no me molesta hacer y deshacer la maleta constantemente. La que peor llevo es no poder salir a pasear contigo pequeña- le decía a la moto. Quizás mamá tenga razón y yo esté loca. A nadie le gusta el ajetreo de los aeropuertos, el ir y venir de maletas, de gente, los encuentros y las despedidas. Pero es realmente bonito, me encanta ver a toda esa gente... ¡Tengo que hacer un reportaje de esto! Aunque no creo que a Sergio le haga mucha gracia, siempre me dice lo mismo: “No sé cómo te lo montas para que se te ocurran esas locuras, aunque lo peor es que me terminas convenciendo para que te dé permiso para escribir sobre ellas. Aunque tengo que admitir que cada día me gusta más lo que escribes.”

Empezaba a sentir las piernas entumecidas, y el reloj marcaba las diez y cuarto así que paró en la primera gasolinera que encontró. Mientras se tomaba el segundo café de la mañana recordaba a su madre y su adicción a esta bebida y volvía a sonreír, cuando de pronto volvió a pasar por su cabeza la misma imagen. Esa imagen que no había llegado a ver, pero que llevaba imaginando desde hacía nueve meses, desde el mismo día en que Diana la llamó a las cinco de la mañana, bueno las cinco en Australia donde estaba haciendo su último reportaje, que serían... las ocho de la tarde en España. “Tía, estoy embarazada y eres la única que lo sabes.” Ella aún estaba dormida, le había parecido oír la voz de Diana al

otro lado del teléfono pero no estaba totalmente segura, además tenía que haber escuchado mal.

-¿Es tuya esa moto?

-¿Qué?- el camarero la había sacado de su ensimismamiento - ¿la moto? Sí, es mía. Voy a Zaragoza.

-Vaya, me sorprende que te atrevas a viajar en ese trasto.

-Es un viaje para recuperarme a mí misma.- No le había preguntado y tampoco esperaba que la escuchara.

-Buen viaje, y... encuéntrate. – Le dijo despidiéndola con una sonrisa.

Después de echar gasolina y abrocharse bien el casco, volvió a la carretera. Era verdad lo que le había dicho al camarero. Desde que había recibido esa llamada, su vida había dado un giro de 180 grados. Tuvo que mirar el nombre de la pantalla del móvil para darse cuenta de que era Diana la que le estaba hablando. Salió de la cama y le dijo “Niña, me acabas de despertar, así que si quieres que te entienda intenta hablar un poco más despacio por favor.” Diana no le hizo ni caso y empezó a hablar atropelladamente, acababa de volver del ginecólogo y le había dicho que estaba embarazada, aún no se lo había dicho a Ángel, porque no sabía cómo iba a reaccionar. No habían planteado la posibilidad de que se quedara embarazada, había sido un descuido, pero estaba muy entusiasmada. Ella no supo cómo reaccionar, qué decir. Diana era como su hermana mediana, tenía dos años menos que ella y se conocían porque sus padres eran amigos, tenían relación desde el día que Diana nació. Diana le dijo que no tenía que decir nada, que solo quería que lo supiera. A partir de entonces llamaba a Diana cada semana para ver como se encontraba; a los tres meses supo que iba a ser una niña, que habían decidido ponerle su nombre y que fuera ella la madrina de la niña.

-Espero no haberme dejado nada, porque sería muy divertido que la madrina de la niña fuera vestida con un mono de moto- pensó sonriendo bajo el casco.

A Diana embarazada no la había visto, pero estaba deseando ver a la niña, “es rubia, tiene los ojos verdes y es gordita” le había dicho su hermana, antes de transmitirle por enésima vez el mensaje de su madre, que ni se le ocurriera perder

el vuelo que la traía de Berlín y que se acordara de coger los zapatos. “El vestido lo fui a recoger yo el otro día, porque no quiere que te presentes con él arrugado de llevarlo en la mochila esa que llevas en la moto. Que dice que ya sabe que no le vas a hacer caso y que vas a venir con ese trasto” se reía Carlota. “Por cierto, cada vez me gusta más el vestido que elegimos para mí, es precioso y a Alejandro le encanta.” Su hermana tenía 20 años y llevaba tres con su novio; lo iba a llevar al bautizo por insistencia de Diana.

Hacía siete años, siete años que no aparecía por Grisel. Y su vida había cambiado tanto desde entonces... Terminó la carrera en Madrid, y encontró un buen trabajo casi sin darse cuenta, hacía lo que siempre había deseado. Viajaba por todo el mundo, había aprendido a hacer reportajes realmente buenos en los que conseguía sacar de la gente de cada país la cara más divertida, la de la diversión nocturna, la de la cultura y también la más triste, la de la pobreza y las necesidades de los desfavorecidos. Sergio había sido la primera persona que había conocido en la redacción y aunque su puesto estaba claramente por encima del suyo habían conseguido una amistad muy sólida.

De pronto le vinieron a la mente las imágenes que no quería recordar. Las últimas 48 horas habían sido demasiado intensas, y de pronto, cuando quedaba una media hora para llegar a Zaragoza, todo el cansancio mental acumulado se le echó encima de golpe. Trató de hacer un esfuerzo por eliminar todos esos recuerdos que tenía tan recientes. Pero era imposible...

Se habían conocido en Londres, coincidieron en la rueda de prensa en la que los Rolling anunciaban que la gira que empezaban ese mismo día, sería la última. Los dos llegaban tarde y se chocaron al entrar en el hotel, a ella le pareció muy estúpido, más que cuando hacía esos reportajes en su cadena de televisión. A partir de entonces, empezaron a coincidir en casi todos los actos que ella cubría fuera de España; sin saber cómo, comenzaron una relación que duró dos años. Pero el último mes había sido terrible. Iván se había vuelto insoportable, los reportajes le agobiaban demasiado y nunca se concentraba lo suficiente para terminarlos a tiempo. Entonces apareció de nuevo él en su vida. Él, ¿cuanto tiempo hacía que no sabía nada de él? Claro, siete años, los mismos que hacía que no volvía a Grisel. Pero su historia había sido eso, su historia, la que nunca había terminado, quizás por eso aún no se había desprendido de su colgante. Por

eso, cada año escribía esa carta que nunca llegaba a enviar. Esa carta que decía... tantas y tantas cosas que nunca había llegado a decir.

Sabía que no podía seguir conduciendo si no descansaba. Su cama le esperaba en la casa de sus padres, que sin nadie en su interior parecía más grande.

Su llanto se había acabado hacía años. Tenía que ser cierto porque no había podido derramar una sola lágrima por Iván, ni una sola. Le había dolido mucho todo lo que le había dicho, pero no era suficiente, en su interior sabía que no podía hacerle daño, había algo más fuerte que la protegía de sus insultos y sus gritos.

La carta había llegado el día preciso. El día en que siete años antes, él y ella, se separaron, sin un beso apasionado, sin un adiós; sólo un hasta luego. Ella no sabía como había conseguido averiguar la dirección del hotel, pero ahí estaba el sobre, apoyado sobre el florero. Cuando entró, pensó que debía ser alguna nota de Iván, por eso no le dio importancia y se concentró en su crónica. Pero alrededor de las siete de la tarde la cogió. No era la letra de Iván, no tenía remitente y además venía desde España.

No había saludo en la carta, pero no hacía falta. Reconoció la letra al instante, su corazón se aceleró y no se atrevió a leer más allá de la primera línea. *“Siete años pueden ser demasiados pero también insuficientes.”* Una sonrisa radiante había iluminado su cara, de golpe volvieron a su memoria todos aquellos momentos que compartió con él en Grisiel. Allí se habían conocido, allí se habían enamorado y allí había ocurrido la que ellos llamaban la más bonita historia de amor, de música y de sol. No había sido amor a primera vista, se conocían desde hacía unos años, pero nunca se habían fijado el uno en el otro. Hasta entonces. El castillo, las callejuelas del pequeño pueblo, la Diezma y el Moncayo fueron testigos y cómplices de sus dos veranos de amor.

En la carta él no nombraba esos veranos. Decía que había aprendido a vivir sin recordarlos, y que no podía traicionarse a sí mismo después de tanto tiempo, aunque no había conseguido eliminarlos de sus sueños. Le contaba que había estado con otras chicas, maravillosas, pero que no habían conseguido que se olvidara completamente de ella. No pudo contener sus lágrimas al leer que había escrito una carta cada año que no había podido enviar.

Esa tarde leyó la carta miles de veces, se la aprendió de memoria, y se quedó dormida, sonriendo, soñando con esos veranos mientras escuchaba la voz de él repitiendo todas y cada una de las palabras de la carta.

-Soñaba que soñaba.

Le había venido bien descansar, se encontraba con el ánimo necesario para emprender la última parte de su viaje. Montó de nuevo en su moto y se dirigió a la carretera. Solo le quedaba una hora para volver a Grisel.

Había pasado solo tres días desde que había recibido la carta cuando Iván la encontró. Y de eso hacía... un día, solo hacía un día.

Cuando volvió al hotel, Iván estaba sentado en la cama, con la carta en las manos. Ni le pregunto cómo le había ido el día.

-¿Me has besado alguna vez como le besabas a él?

A partir de ese momento, su tono fue subiendo de volumen, hasta que empezó a gritar. Gritaba. Gritaba... La insultaba pero ella no le escuchaba, para qué, nada de lo que le dijera iba a hacerle cambiar de opinión. Ya había tomado la decisión de volver a España, solo estaba buscando la manera de decírselo a Iván. Pero se lo puso mucho más fácil. Cuando terminó de gritarle e Iván se marchó de la habitación, ella empezó a hacer las maletas y se marchó al aeropuerto. No encontró un vuelo para ese día, sino para las cuatro de la mañana del día siguiente.

No durmió, pero no por Iván, sino por ella y por él, por ellos, por la carta. Al día siguiente, compró un montón de libros y un regalo, un peluche grande y muy bonito para la niña, para esa pequeñita que iba a llevar su nombre.

Había sido el aterrizaje más feliz de los muchos que había hecho. Pensaba en él y en lo poco que faltaba para volver a verse, para volver a ver a su familia, a Diana, a la niña...

No quedaban más que veinte kilómetros, y los disfrutó como cuando viajaba con él esos veranos, por esas carreteras que los llevaban hacia el Moncayo.

Había coches aparcados en la entrada de Grisel, eran las once y media de la mañana, había calculado bien y llegaba con el tiempo justo para que Carlota la peinara y la maquillara y marcharse corriendo a la iglesia.

El abrazo con su hermana y con sus padres hizo que empezase a llorar. *“Mejor que llores ahora que no cuando te haya maquillado”*, le dijo Carlota. Consiguió dejarla perfecta en quince minutos.

Al llegar a la plaza de la Iglesia vio a Diana y a Ángel, con la pequeña que iba a llevar su nombre, guapísima como todos le habían dicho.

-Pensábamos que no ibas a llegar. – le dijo Fernando, el padre de Diana, con una sonrisa de oreja a oreja, mientras miraba a su hija y a su nieta.

-Ya sabes que siempre llego, aunque sea un minuto antes. -contestó ella riendo, recordando que en la celebración de los 25 años de matrimonio de sus padres llegó cuando todos pensaban que ya no acudiría.

Entonces alguien le llamó:

-¡María! – Hacía mucho tiempo que nadie decía su nombre con tanto cariño. Y allí estaba él, había dejado sus camisetas deportivas pero seguía sin poder controlar ese pelo oscuro y alborotado. Había pasado el tiempo, habían madurado, pero de repente parecía que esos siete años nunca habían existido, que ellos seguían siendo esos chiquillos de dieciocho años, y que su historia continuaba en el mismo lugar en el que la dejaron.

-Daniel... –le susurro María al oído mientras se abrazaban y se prometían que ese abrazo duraría para siempre.

Sonreía como no lo había hecho desde hacía tiempo. Un sol perfecto iluminaba las calles del pueblo como si quisiera reflejar su estado de ánimo. Estaba de nuevo en Grisel, siete años después, reencontrándose con todo lo dejado atrás y que tanto echó de menos. Ahora sabía que los necesitaba a todos, a todos ellos, que la hacían sonreír.